

*a tu poema ambiguo agradecido
por toda tu maldad y todo tu
/ realismo*

[...]
*Único entre nosotros: sonreído
y desgarrado nos sigues
alegrando y doliendo a la vez.*

Al final de su producción, Raúl Gómez Jattin hará un balance de sus versos y de su vida, con un tono bíblico que nos recuerda a su maestro Whitman. Con esa propensión a la lucidez (a la autocrítica), con el alma alerta, dudará de su esencia y lo dirá cantando:

*He recorrido hospitales mitigando
/ la locura*

[...]
*Ahora —sin ella— escribo estos
/ versos
y no sé si he ganado o he perdido
No sé, si tú —lector— notarás
/ este cambio
y lamentarás que mi verso se haya
/ vuelto
reposado y tranquilo*

*Ojalá que natura de mí se haya
/ apiadado
y no echas de menos
el fervor de otros días.*

JORGE H. CADAVID

La destrucción anda libre

Sinuario

Gabriel Ferrer

Instituto Distrital de Cultura,
Barranquilla, 1996, 79 págs.

Gabriel Arturo Ferrer Ruiz (Montería, 1960) pertenece a esa raza de poetas para quienes el lenguaje es todavía canto y celebración. Su poesía aparece hoy día en el panorama lírico nacional como *rara avis*, en términos del profesor Ariel Castillo Mier, quien además afirma en el prólogo del poemario que: “el tono de la poesía de Ferrer contrasta con el de la poesía de las últimas décadas en

el país, obra, en su mayoría de poetas fúnebres, habitantes de abismos y erosiones, pregoneros del no y de la nada, poetas del desánimo, de la divergencia y del sarcasmo abundante, complacidos en la sistemática negación, destiladores de veneno, amargas y opacidades, invalidadores del Ser, cultivadores de angustias y caídas, asiduos contempladores de la vacuidad y las torpezas, practicantes del miedo, abandonados al apocalipsis” (pág. 15).



Poesía, pues, de la afirmación y la reconciliación es la de Ferrer, en aparente contravía con el “paradigma populachero del vate famélico, ojeroso y llorón”, del “bardo maldito”, heredada —según Castillo Mier— de Silva y continuada por Julio Flórez, Barba Jacob, algunos nadaístas y hasta ciertos “poetas sin nombre” (pág. 11).

Frente a este “espíritu trágico-patético”, el prologuista opone la figura de Ferrer como la de un rapsoda de la naturaleza, interesado en la “recuperación ecológica de un ámbito y un lenguaje olvidados” (pág. 17), emparentado con una larga y variada estirpe de poetas que va desde Aurelio Arturo y Álvaro Mutis, hasta Álvaro Miranda, Rómulo Bustos y Raúl Gómez Jattin.

Sin embargo, por encima de las aproximaciones y las distancias, de las similitudes y los contrastes temáticos (lo que se cuenta), la poesía es, fundamentalmente, lenguaje (como se cuenta). Y es, desde esta perspectiva, que es válido hablar de una buena o mala poesía. En el caso de Ferrer, nos encontramos con un poeta que comienza a dar muestras de un lenguaje cuidado y de un tono personal que se distingue ya entre las nuevas voces de la poesía colombiana. Con su primer poemario, *Veredas y otros poemas*, obtuvo el tercer premio en el primer Concurso Nacional de Poesía Aurelio Arturo (1989). *Sinuario* (1996) es su segundo poemario. Dos libros unidos por una misma vocación: la de poetizar y mitificar

los espacios. La primera vez, el poeta reconstruye en su memoria la aldea de la infancia, figura del origen, metáfora del regreso. Esta vez, sacraliza las corrientes del Sinú, en una ceremonia verbal que conjura el presente, el pasado y el futuro¹.

Una dimensión mágica envuelve la escritura de este poemario. Desde la primera parte, que da título al libro —“Sinuario”—, el lector se interna en esa atmósfera delirante de los sentidos propuesta por el poeta. El fluir torrencioso de metáforas, epítetos y personificaciones, sirve como soporte al canto lírico de un alucinado por la naturaleza: “El amor por el viento y el agua/ me hace habitar una madrugada de navíos dormidos” (*Tripulación soñada*, pág. 37). La presencia divinizada del río —“el Sinú soberbio y luminoso”— recorre estos primeros seis textos, dando lugar a una especie de invocación, de plegaria, oración de quien se remonta al tiempo sin medida del origen, “a los días que no son más que espacios entre sueños” (*Sinuario*, pág. 21).

El discurso de Ferrer es el de un místico “habitante del agua”, “novicio” que ingresa a la Orden de Natura. El lenguaje sirve aquí al fervoroso propósito del poeta de expresar sus visiones, experiencias de una intimidad volcada hacia el afuera distendido del trópico. Breves textos poéticos que prescinden formalmente del verso, van sumando imágenes cifradas de puertos imaginarios, navíos cargados de realidades efímeras y de “hombres sinuarios remadores de esperanzas”.

Sin embargo, esta atmósfera mágico-poética se debilita cuando el río, que es la figura matriz de este poemario, o el agua —“elemento que puede purificarlo todo”—, hacen fácil y evidente la metáfora del poeta condolido por la patria:

*Nos ha despertado el ruido del
/ agua y enfrentamos un desafío,
/ vencer sus dulces fantasmas.
Herida está nuestra hada
/ laboriosa, guardiana de este
/ país de la fábula.
En las aguas superficiales fluye la
/ angustia que enniebla una
/ claridad de sol rotante.
Un río de azafrán monstruoso nos*

CUENTO

*/ lava, la destrucción anda libre,
/ pegada a la corriente.
Las aguas superficiales se han
/ apoderado del alma de la gente y
/ fundan soles negros que hacen
/ lenta y sorda la vida. [pág. 27]*

La costura visible falsea el tono místico, alucinado y delirante que, por momentos, sumerge al lector en un arrobamiento poético:

[...]
*¿Por qué ruedas por las arterias
/ de este país como azogue, cuando
/ se reinventa el drama y el suelo
/ aprieta con su término sellado?
¿Acaso no podemos conjurar el
/ hechizo que nos asiste? [pág. 29]*

La segunda parte del poemario consta de 26 textos —entre ellos “Otros poemas”—, en los cuales el ejercicio poético alcanza un rigor expresivo y una riqueza de imágenes que dan lugar a certeros y acabados poemas. Con el primer texto, Ferrer pareciera entrever dónde reside la clave de su poesía:

LA ESCRITURA DEL PAISAJE
*Sé que podría traspasar la luz
si por primera vez dejo de pensar
/ en los escombros
y oficio la escritura del paisaje
[pág. 33]*

Poesía de revelaciones es la de Gabriel Ferrer. En cada poema, la intuición del visionario que hace del paisaje de tierra caliente un ejercicio de escritura y de la escritura una experiencia del paisaje: dibujar con palabras el éxtasis producido por el delirio y la ensoñación:

PUERTO
*Punto de encuentro entre el viento
/ y el agua
Ventana de la intemperie que nos
/ hace asistir
a una oratoria de navíos
[pág. 41]*

La fauna y la flora se hacen lenguaje en *Sinuario*: el poeta escarba en las palabras la forma de expresar múltiples especies: “Mira que en el corazón de la miel / está la nostalgia de la abeja” (*Nunca has fingido goces*, pág. 45);

“Sólo el pescador puede contemplar la Manatí / pez irreal que duerme a la luna” (*Manatí*, pág. 43); “Los oficiales del puerto / revisan a los sacerdotes del comercio / y a los indígenas con sus balsas averiadas de plátanos y esencias” (*Sentencia de la divinidad*, pág. 55). Así, el poema oscila entre el espíritu barroco del trópico —bochorno de los sentidos— y la elementalidad y transparencia que solamente pueden hallarse en el haikú:

[...]
*Lays sabe pero no habla
del ruido del estanque
que hay en el corazón de su padre
[El ruido del estanque, pág. 71]*

Sinuario no es únicamente un canto magnífico sino una travesía en barca por el lenguaje en búsqueda de la escritura como visión: arquitectura óptica y verbal; plasticidad y misticismo alucinado de los espacios y de las palabras. Escritura que prefigura una poesía fundacional.

PATRICIA VALENZUELA R.

¹ El Sinú ha sido un tema privilegiado en nuestra lírica. Baste nombrar de Guillermo Salgado *Canto al Sinú y otros cantos*; de Jorge García Usta, “Sinuanía” (*Monte dentro*), y de Raúl Gómez Jattin, *Amanecer en el Valle del Sinú*.

Del sótano al arte

Cuentos policíacos

Sonia Truque
y Mauricio Contreras (compiladores)
Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá,
1996, 118 págs.

No deberíamos tener temor al expresar una sentencia literaria de este calibre: *Largo adiós* de Raymond Chandler o *Cosecha roja* de Dashiell Hammet son obras maestras, inolvidables y poderosas, como *El sonido y la furia* de Faulkner o *El viejo y el mar* de Hemingway, y deberían aparecer en cualquier antología de la literatura estadounidense que se res-

pete. Pero si dijéramos esto en voz alta, los historiadores profesionales de la literatura levantarían las cejas, asombrados, y luego se reirían descreídos. Probablemente en un diccionario literario jamás le dedicarán el mismo número de renglones a los dos primeros que a los segundos.



El género policiaco —según dictaminó Borges con severidad— es el único género cuyo fundador y origen conocemos con exactitud: Edgar Allan Poe, *Los asesinatos de la rue Morgue*, 1841. Y no es casual que haya nacido en un país protestante y en la cuna del capitalismo. Delitos plenamente relacionados con los antagonismos de la propiedad privada como el homicidio, la estafa, las lesiones personales y el hurto están a la orden del día en las novelas policíacas. Aparentemente esquemático —el lector de *roman noir* sabe que se encontrará con un crimen, un delincuente y alguien que lo descubrirá—, son pocos quienes han logrado renovarlo. Ha sido trabajado por *amateurs* como Ellery Queen, Georges